

OBRAS ESCOGIDAS DE SAMUEL BECKETT

Samuel Beckett... el inabarcable, indefinible, inabarcable. Misterioso neurótico, vagamente secretario o confidente de Joyce, en la cartografía de la novela contemporánea es una especie de isleño árido, desértico, a mucha distancia de cualquier lugar conocido y muy diferente de todos ellos. Si uno lo menciona en una lista autoras, tiene que ir con el nombre de pila, o de lo contrario se lo confunde con el poeta Gustavo Ballester: es tan reducida su fama como inmenso el radio de su comovisión, el peso de sus ambiciones y el éxito con que las cumplió. El Nobel de Literatura que se le otorgó en 1969 no hizo demasiado por él en este sentido. Y tampoco podemos confiar que haga demasiado por difundir la legada a nuestro idioma y pequeño país de sus "obras escogidas", que editó hace ya sus años "Aguller" en la colección "Premios Nobel". Todo el mundo sabe que esa casa editora es una de las mejores del mundo y un auténtico lujo para el idioma español, o mejor dicho, que el idioma español tiene en ella — con la venia de las revistas — una editorial con digna y su calidad de primera línea literaria, también sabe todo el mundo — y "todo el mundo" quiere decir unas pocas personas, desde luego — que la imprescindible colección de premios Nobel es, por su parte, una espléndida colección con digna del máximo galardón literario de nuestro tiempo y pequeño planeta. O sea que nada deja de contribuir en este caso para que deba celebrarse el volumen con verdadera efusión. Sólo el precio. Impasta en cuero y papel biblia son cosas eleganciales.

En los mapas geográficos los islotes no tienen más remedio que ser chicos, pero en un mapa literario es posible que un islote sea enorme, un continente incluso. Y así es que el idioma de Beckett, con tanta care de pocos amigos en un primer vistazo, y con tanto aspecto de estrechez, al segundo vistazo se abre en múltiples perspectivas y al tercero o cuarto se derrama hasta los mismos horizontes y se convierte en un desafiante territorio, en un lugar sin límites.

La aridez inicial de estas obras es común a numerosas otras, particularmente a las mejores, y no hay clásico que la opinión común no tenga por un ladrillo superfluo; pero también es peor que la de otras, en cierto sentido. No existe el diálogo, por

ejemplo (me limitaré a comentar la primera de las tres novelas, que son MOLLOY, MALONE MUERE y EL INNUMERABLE, ocupen dos tercios o tres cuartos de las casi 900 páginas del volumen; el resto es teatro, donde se incluye la pieza más afortunada de Beckett en cuanto público: ESPERANDO A GODOT). No habiendo diálogo, donde quiera que uno abra la novela se encuentra con dos páginas llenas de texto seguido: lo que se llama silencio. Es el capar de ahuyentar a un sinnúmero de lectores haraganes, por desgracia, y otros tantos irracionales ante la densidad conceptual del texto, que carece de trama en el sentido elemental que suele achacarse a la palabra.

En todo caso no hay "vacío de conciencia", recurso que si bien ha permitido algunas páginas maestras ha permitido también inabarcables cantidades de "literatura" en puntos ni comas ni lógicas. Pero a medida que el lector, con entusiasmo y viaje, y risueño, además, de darle su oportunidad al autor, avanza por la espesura de MOLLOY... ah, cómo se va quedando atrapado, desahogadamente atrapado, en cada frase, en cada idea, en cada misterioso rudo de líneas que recorren el universo, en cada partitico de elucidaciones hermosas como la propia vida, e igualmente devoradas!

La pequeña aparente del islote la da, ante todo, el protagonista de MOLLOY: un monólogo, o vago, moribundo, que se amarra porque ya no puede caminar, y que se podría considerar un ejemplo humano en el último grado posible de degradación; es difícil concebir un personaje más vendido a menos que Molloy, Beckett, que es medio irlandés medio francés, hace en esta novela, que es la más poderosa escrita en francés este siglo, lo contrario que hace Marguerite Yourcenar en otra novela de igual importancia, LAS MEMORIAS DE ADRIANO, que no deja de ser colonial como novela por basarse en hechos históricos. La primera mujer de la Academia Francesa escoge un personaje inabarcable; Adriano tiene la sensibilidad y creatividad de mejor artista, el valor y la audacia del mejor guerrero, la inteligencia del mejor filósofo, la fuerza del más grande magnate, la nobles de alma que correspondía al hijo adoptivo de Trajano y, como si fuera poco, todo el poder de un emperador de Roma. Molloy es nada, es nada.

Pero este islote se convierte en continente y luego en

Por Carlos Riera mundo cuando advertimos que a través de él se divisa la vida misma, en sus esencias difusas y terribles, con tanta riqueza como la que caracterizó a los novatos de mayor vuelo. Y es que ambiciones no le faltan, ni se van inabarcables.

Molloy, desde el fondo de su decrepitud absoluta, desde la anorexia misma de la fona común, piensa y piensa en hechos insignificantes, cosas que le ocurren o que ocurren, el día, una ventana, unas piedrecitas que chupa su doudoudou todo... ¡pero cómo pensar! Sus sus miserables pensamientos, por tradiciones por el arte superior de Beckett, que los convierte en una intensa aventura intelectual.

Vamos un párrafo casi cualquiera, torcido, como casi todos, del más hondo excepcionalismo:

... "Y las palabras que yo pronunciaba y que debían estar en relación con un esfuerzo de la inteligencia, me parecían a menudo el vuelo de un insecto. Lo cual explica que yo fuera poco convencido, me refiero a esta dificultad que tenía no sólo para comprender lo que decían los otros, sino también lo que yo les decía a ellos. Cierta que con un poco de paciencia nos lográbamos a comprender, pero respecto a qué, preguntó yo, y con qué finalidad?"

La poesía que alcanza este estilo en algunos momentos es tan abstracta como eficaz: a ver si aquí logra notarse:

"... Y ségu innumerar que todo se dobla y cae, como luz o vino pesado ciego, pero aquí no hay carga, y también el Sol, poco adecuado para llevar cargas, y también la luz, hacia un final que parece que no va a llegar nunca. Porque, ¡qué fin podrían tener

estas soledades donde nunca hubo verdadera ciudad, ni simple tierra firme, sino permanentemente estos objetos pendientes desfilándose en un derrochamiento sin fin, bajo un cielo sin recuerdo ni esperanza de atardecer? Dico estos objetos, pero ¿qué objetos, venidos de dónde, formados de qué sustancia?"

Hay un dejá de humor, gracias a Dios, entre las pocas menos que asíntomas y entremucados mismos de excepcionalismo que abundan en esta obra; hay humor en todo MOLLOY, en realidad, y en todo Beckett. He aquí lo que le dice a ciertas catatónicas damas:

"Voy a advertir de una cosa: cuando las asistentes sociales os ofrecen graciosamente un bazo como para el muelle, lo cual en ellas constituye una obsesión, es inútil mostrarle recalcitrancia. Se perseguirán hasta los confines de la Tierra buscando su supervivencia. Las del Ejército de Salvación no están mucho mejor. No, realmente no conozco defensa alguna contra el poco catatónico. Hay que incluir la cabeza, torciendo las manos confusas y temerosas, y decir: gracias, señoras, gracias, buenas señoras".

¿Quá obsesión a un libro como Molloy, pastiche de bellezas formales y confusas, de sagradas síncritas, de pura de pensamiento, de sabiduría y desolación, de humor y de humanidad?

Tal vez ver su lectura no hará a nadie más feliz, muy feliz, al durante la lectura, con esa inabarcable felicidad que da el arte, cuando es de buena ley, así se irán de los idiotas de Voltaire o de los poetas de Muret o de las siervas de Andersen. Pero una vez leído nos deja una fuerte impresión de desamparo; de total desamparo en este gigantesco lodazal vacío del universo, donde las galaxias gravitan y derriban como nubes de polvo que no se depositan en el fondo... nada más que porque tampoco hay fondo.



lo heicij. 10-11-1985

Obras escogidas de Samuel Beckett. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Obras escogidas de Samuel Beckett. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile